

MÉTODOS DE LA GENEALOGIA
Y HERALDICA
EN EUSKALERRIA

Por

Endika de Mogrobejo Ladrero

Lección expuesta en Bilbao
el día 30 de Abril de 1991
en la Sala de Conferencias del
Archivo Foral de Bizkaia

LECCION DE INGRESO
como Amigo de Número de la
REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS

por

ENDIKA DE MOGROBEJO LADRERO

JAUNAK ANDREOK GABON DANORI

Jaun eta andreak, arratzaldeon:

Asko posten nau batzar honetan egotea. Orain dela hamar urte Juan Ramon Urkijo eta Olanok (goian bego) Bizkaiko Euskalerrriaren Adiskideen Elkartearen Batzordean sartzeko eragin eustan, horregaitik bere oroipenez eskaintzen diot nire lana eta nire itzaldia.

Señoras y señores, muy buenas tardes.

Me complace enormemente comenzar esta sesión de investidura recordando que hace ahora, en este mismo mes, diez años en que me indujo a ingresar como Amigo de la Real Sociedad Baskongada de los Amigos del País nada menos que don Juan Ramón de Urkijo y Olano (que hace muy poco tiempo nos dejaba para descansar en la paz del Señor), a quien, por tal motivo, dedico esta intervención mía en su honorable recuerdo.

La Genealogía y la Heráldica son la Historia y por eso estoy yo aquí. Y puedo decirlo seguro de afirmar una verdad, pues esas ciencias tienen un origen común y se auxilian las unas a las otras.

Puede afirmarse, sin lugar a duda, que uno de los elementos de más pujante trascendencia en el devenir de nuestro vetusto Solar es la tradición, tan injustamente desdeñada a menudo; porque la Historia, tratada y escrita a base tan sólo de meros enunciados, de simples noticias e instrumentos, puede resultar fría si no la avaloran y enriquecen el testimonio directo, la irradiación social y el palpito humano, que vienen a contrastar cualquier dato y, en cierto modo, a verificarlo y vivificarlo.

Palpita en Euskalerría el pulso de la tradición en lo más íntimo de cada linaje, en el meollo íntimo de sus naturales, que han visto transcurrir la existencia en un mismo lugar, ocupando los hijos las mismas casas en que alentaron los padres, abuelos y antepasados más lejanos, desarrollando parejas actividades y desempeñando idénticos cargos, contemplando inmutables horizontes y —dada la lenta evolución de las pasadas centurias— albergando análogos anhelos y aspiraciones y, por añadidura, escuchando desde la infancia, durante las largas veladas invernales, el relato de las consejas del lugar, las andanzas, los aconteceres y hasta las hazañas de algún antecesor, o bien episodios de las luchas de bandería que enajenaron la paz del idílico paisaje, de manera que las narraciones van cobrando vida de forma paulatina y, para los habituales oyentes —familiarizados como están con los lugares descritos y conocedores que son de los nombres rememorados— se trata ya, a la postre, de temas casi intuitivos más que conocidos, de aspiraciones comunes y de ambiciones compartidas; y a tal punto se sienten identificados con aquellos ascendientes cuya vida y hechos tantas veces glosaran los más ancianos, que se sienten auténticos y honrosos continuadores de tales ascendientes, de manera que las memorias y comentarios, más que tradiciones de tiempos lejanos, acaban por parecerles reflejos de sus propias ideas y principios, y se convierten en la más pura esencia e idiosincrasia de la Raza.

La Genealogía y la Heráldica subyacen en la médula misma de la trayectoria histórica de cada país, hasta el punto de poder afirmarse que, ausentes ellas, la Historia quedaría carente de sentido, si no de base, en cuanto que está nutrida por los hechos personales, por las acciones individuales, por el Hombre, en suma: ese hombre cuyo entorno y cuyas circunstancias son meta de la Genealogía y destino de la Heráldica. Y, así, Historia, Genealogía y Heráldica comparten un mismo origen común y se auxilian con recíproca eficacia.

Pero hay que hacer notar que la Genealogía actual no se limita a encadenar, con carácter exclusivo, los eslabones generacionales de las familias patricias, señoriales y aristocráticas —o que pretenden serlo—, ni a agrupar los elementos simbólico-decorativos —blasones de armas— que les dan brillo; ni tampoco centra sus afanes en remontar el origen de los linajes hasta descollantes personalidades históricas o héroes míticos y legendarios, como antaño tan a menudo se prodigara en huerro empeño de ensalzar las oscuras raíces de la mayor parte de los mortales, en servil adulación a una clientela ansiosa de deslumbrar a los semejantes con brillos y oropeles las más de las veces de mera hojalata, y en un doloso intento de enmascarar con grandielocuencias la pobreza de conocimientos profesionales que atacaba con harta asiduidad a los heraldos, cronistas y reyes de armas de pasadas centurias.

Hoy debe bastarnos, para satisfacción y contento, saber con certeza que durante diez o acaso hasta quince generaciones —que es lo máximo a que alcanza, por lo general, la más acuciosa investigación de las vetustas escrituras e instrumentos de plural contenido e índole custodiados en los archivos de Euskalerría— nuestros padres, abuelos y más lueñes pasados (acaso llamados Iñigo, Domingo, Beltrán, Pedro, Santorum, Mateo, Ramiro, Diego, Lope, Antón, Bernal, Sancho, Juanes o Fortuño) habitaron siempre en una misma torre, palacio, casa o caserío de acuerdo con su rango social y medios de fortuna, hecho éste que no da ni quita limpieza de sangre o lustre de hombres de bien, ni —en su caso— infanzonía y condición hidalga; que en el transcurso de los siglos tuvieron un solo enterramiento en

el templo de la anteiglesia o villa de sus más remotas raíces y que en una y otro —localidad y santuario— ejercieron los cargos edilicios de regidor y de alcalde en el concejo, o de mayordomo secular del Santísimo Sacramento en la parroquia. Estas realidades son las que miden y califican la secular trayectoria y tesonera persistencia de una familia, mucho mejor que tratar de retrotraerse, con entronques imaginarios, hasta el mítico Túbal o los mismísimos reyes godos, como tenemos visto más de una vez en no pocas certificaciones —mal llamadas ejecutorias— de los antañones reyes de armas.

Las verídicas y contrastables crónicas familiares, despojadas de falsas petulancias —aunque con el medido orgullo por los méritos pretéritos cuya memoria nos llegó en voz de los más ancianos— son las que tenemos obligación de acoger y transmitir, cuando no reelaborar salvándolas del olvido para, con su conjunción, formar un acervo histórico patrio que sea como el alma vivificadora de la sociedad, que imponga su sello y sirva al propio tiempo de escudo con que defendernos contra el ataque que hoy suponen los elementos heterogéneos y cosmopolitas que se nos echan encima con intento de suplantar el estilo sencillo, el noble carácter y los hábitos honestos que, junto con la raza y el lenguaje, nos tiene legadas nuestra Euskalerría.

A las indudables ventajas que, vamos viendo, aporta la Genealogía —y que la Heráldica engalana— al estudio de las ciencias sociales, hay que sumar las muy específicas que encierra, en lo tocante a la formación de familias, sus recursos, costumbres y peculiaridades, para la Historia del País Vasco, tan parca —por desgracia— en noticias que nos remonten a la existencia de sus habitantes durante los siglos XVI y XVII, y tan pobre y oscura a medida que se profundiza rumbo a tiempos anteriores, como no sea con el endeble apoyo de las más añejas crónicas peninsulares, tan mezcladas de realidad y ficción, tan preñadas de leyendas y milagrería.

Fácilmente se comprenderá que el intento de realizar un estudio de épocas más pretéritas a las apuntadas resulte vana pretensión. De las alrededor de sesenta generaciones que han transcurrido desde

aquellos venturosos años en que vivió en la tierra nuestro Redentor hasta los inquietos días actuales —dos siglos escasos—, tan sólo algo menos de un tercio de ellas —el postrero— ha dejado rastro documental. ¿Y qué decir de la descendencia del hombre vasco primitivo que, en opinión de aita Barandiarán, vivió hace unos doscientos siglos? Los archivos que nos brindan acceso, salvo raras excepciones —queda dicho—, no guardan los suficientes datos que sacien nuestros anhelos de penetrar en las raíces familiares; mas aunque así fuera, el estado actual de la ilustración, de la ciencia, del progreso y de la técnica no nos ofrecerían acceso suficiente a su empleo y provecho; ni parece que podamos preservarlos y disponerlos en orden con visión de futuro, visto que la mayoría de los humanos se mueve al agitado compás de otras muy distintas motivaciones, lejos de ver en el conjunto de semejantes datos un valioso aporte para la imprescindible y progresiva erudición cultural, para la estadística, la medicina y la sociología, entre otras utilidades y aplicaciones, y que se corre el riesgo de que la nueva juventud tache a estas apasionantes actividades de prurito diferenciador y clasista. Por ello, cabe insistir en que los estudios genealógicos no deben limitarse a las familias ilustres, opulentas o con proyección en altos cargos públicos, pues no siempre estas circunstancias implican cualitativa superioridad. Por añadidura, la Genealogía puede producir en el orden familiar privado resultados benéficos —con independencia de los acabados de aludir—, pues el mejor conocimiento de lo que fueron y realizaron nuestros mayores contribuye a robustecer vínculos entre personas cuya comunidad de origen les confiere cualidades y tendencias autóctonas que les capacita y predispone para, unidas, prolongar su función de célula vital tan consustancial a la familia de nuestra sociedad, ahora inmersa en la manifiesta crisis humanística que es propia de un país nuevo, mezclado, rebosante de vigor brutal y pletórico de ansiedades creadoras que no han tenido tiempo todavía de sedimentar, de forjarse una progresión evolutiva gradual y disciplinada, un gusto, una sensibilidad coherente; aunque, a pesar de tales circunstancias, resulta todavía menos cierto el dicho vulgar de que «todo pasa» que la frase horaciana «no todo muere», ya que la muerte verdadera y completa es la del olvido; contra cuyo riesgo debemos luchar con denuedo, porque en tanto la poste-

ridad siga recordando a los que partieron antes, no puede decirse que hayan muerto totalmente.

El País Vasco, harto diferente bajo tantos aspectos de los que le circundan, también lo es por el origen racial de sus habitantes y la estructura social que les es propia. No hubo aquí, en tiempo alguno, auténticos conquistadores-colonizadores: las expediciones que cruzaron su territorio pasaron sin dejar sedimento apreciable. Los ocupantes del suelo son, pues, descendientes directos de inmemoriales propietarios del mismo. Como inmunes que fueron los habitantes de la tierra vasca, no hubo diferencia de castas entre ellos: todos nacían iguales, con los mismos derechos y con idénticas cargas. Sus villas, anteiglesias y ciudades constituyeron «un Solar conocido de notorios hijosdalgo de sangre» —en especial Vizcaya y Guipúzcoa, menos erderizadas— y eran tenidos y declarados por tales todos los originarios y los que probasen descender de ellos. Nadie era superior a su vecino: el orgullo de raza lo impedía; ni ejerció sino muy escasa atracción la vida palaciega, a pesar de verse agraciada con títulos y honores.

Bajo estas premisas, un punto a tenerse muy en cuenta en lo tocante al estudio de los apellidos vascos es su peculiar formación distintiva. Las diferentes tribus primigenias que se extendieron por nuestro Solar —vascones, caristios, autrigones, várdulos...— nos legaron, junto a su inconfundible y arcano lenguaje, una toponimia riquísima, de cuya singularidad se valieron nuestros mayores en el instante de proceder a la adopción de sus respectivos apellidos; que hasta aquel acontecer sólo se hizo uso, para distinguirse unos de otros, de meros nombres personales, acrecentados en el transcurso del tiempo y por obra del crecimiento poblacional mediante la anexión de un renovable patronímico (declinación genitiva del nombre paterno: Lope Fortunis, Fortúniz o Fortúnez el hijo de un Fortún, Enego Lopis, Lópiz o López el vástago de dicho Lope, Sancho Eneguis o Enéguiz el de tal Enego...), con evolución renovadora que condujo, por exclusión de esta regla fija, a la frecuente adopción de distintos patrimonios por parte de dos o más hermanos, a su libre albedrío o a capricho de sus comunes progenitores; al tiempo que hacía acto

de presencia una variopinta floración de nuevos apelativos derivados de motes o apodos, o bien extraídos de una cualidad anímica, de determinado rasgo físico, de oficios, profesiones y cargos, e incluso de los lugares en que se hiciera vecindad; todo ello con paulatina suplantación del ya casi inoperante patronímico por estas nuevas alcuñas, aunque a veces sin llegar a desplazarlo del todo, en especial cuando se trató de perpetuar la gesta de algún memorable ascendiente (Tal el López del linaje de Haro, el Ordóñez de los Zamudio, el Vélez y el Ladrón de los Guevara o el Hurtado de los Mendoza), cuando no por simple consuetud, como sucede con los no escasos apellidos patronímicos alaveses.

Culminando el proceso, puede afirmarse que a finales del siglo XII o principios del XIII —la transformación se aceleró en los núcleos más poblados en tanto que fue lenta en los de escasos vecinos, que no precisaban de tales recursos para disimilarse entre sí— el apellido, tal como hoy lo entendemos, ha alcanzado su mayoría de edad tras despegarse de la tutela patronímica, camino hacia la plenitud de su predicado; por más que en algunas áreas peninsulares fluctúe todavía por largo tiempo la alcuña en fuerza de una reiterativa costumbre: la de revivir a cualquier antepasado mediante la adopción de su apelativo, con individual dejación del propio de varonía.

En Euskalerría, lo hemos apuntado ya, goza de gran predicamiento en topónimo en la gestación de los apellidos. Del nombre que recibe el terreno en que se asienta el caserío nace el de éste (así Aritzeta, Uríbarri, Garagoitia, Zubillaga, Ibarra, Arana...), o debe su razón de ser, aunque en menor escala, a características individualizantes de la propia morada (Etxebarri, Urrutia, Olazábal, Tomasena, Mendia...). A su turno, del nombre con que es designada la casa procede el aplicado —sin mutación alguna— a la alcuña familiar de sus habitantes; y, por contraste, alcanza muy escasa predicación —a diferencia de lo que sucede en extensas áreas de la geografía peninsular— el apellido derivado de un cargo u oficio (Dendarienea, Zapatarietxe...).

La genealogía vasca se nutre, pues —las más de las veces—, de linajes con nominación toponímica expresada en lenguaje autóctono: apellidos que siempre encierran un concreto sentido, que sin excepción están indicándonos su significado, por más que en ocasiones

la memoria de su alcance haya quedado desvanecida por el transcurso de los tiempos, o que —debido a la riqueza de variantes dialectales del euskara— permita su lectura aplicarles plurales acepciones, por la simple razón de que hoy desconocemos las razones intencionales que movieron —hace copia de siglos— a los más alejados ancestros a adoptarlos.

LA CIENCIA HERALDICA

Por lo que concierne al arte y ciencia del Blason, resulta oportuno dejar constancia, en sucintas consideraciones, de cómo —y cuáles— fueron los escudos de armas preferidos por los habitantes de nuestro histórico territorio —sin que con ello quedasen transgredidas las inmutadas e inviolables leyes heráldicas universales—, por lo que atañe a su mayor o menor complejidad, o bien en base a los elementos que se albergan en el campo del blason.

En cuanto a lo primero, pudiéramos dividir la heráldica de Euskalerría en cuatro grandes etapas, bien diferenciadas unas de otras:

Un primer período (desde el año 1110 al 1250) durante cuyo transcurso no se prodiga el escudo de armas, lo que permite un blasonado muy simple, pudiérase decir incluso que lacónico o, en palabras más precisas, puro. Pureza que se caracteriza, ante todo, por el hecho de que la casi totalidad de blasones encierran en su campo una sola pieza o figura; dejando señaladas sus inevitables diferencias —cuando dos o más caballeros adoptaban idéntico emblema— mediante el trueque de los esmaltes (por manera que resultan distintos entre sí diversos escudos cortados, en tanto variasen sus metales y colores: ya lo fueran de oro y gules, sable y oro, plata y azur o sinople y oro; e incluso de gules y oro, oro y sable, azur y plata u oro y simple), o bien recurriendo a la pluralidad (dos calderas en vez de una sola, tres árboles y no uno en solitario...).

Al servicio de la pureza heráldica se eligen con preferencia las piezas honorables (cruz llana, faja, palo, barra, jefe, aspa —o sotuer—, cabría —o chevrón— y bordura), como también se prodigan las figuras naturales y quiméricas (un oso, un árbol, un dragón, un grifo...) ocupando casi toda la anchura y largura del campo. Por el contrario, escasean las piezas ordinarias (franco cuartel, escusón, orla, lambel, cantón, perla, campaña, girón, trechor...); las particiones se manifiestan con sobriedad (el cortado, el partido, el fajado, el terciado...) y el cuartelado es en la práctica casi un desconocido. Da sus primeros pasos el blasón parlante.

El segundo período heráldico (años 1250 a 1480) corresponde a la proliferación de los blasones, que desde aquellos soberanos y grandes caudillos o magnates que hasta entonces los ostentaron casi en exclusiva, se van extendiendo hasta los señores de vasallos, los paladines de la guerra, algunos altos palaciegos del monarca o del señor soberano y contados grandes terratenientes. La disyuntiva se resuelve entonces mediante variaciones y combinaciones de los elementos imperantes en el primer período, aunque siempre dentro de un marco simplista; así nacen las armerías de piezas honorables modificadas (cruces de múltiples trazados y desigual forma, la faja ondeada, la banda que engolan bocas de dragantes...) o bien disminuidas (cotiza, trangle, burela, filete, tercias, gemelas, travesa, bastón...); y, al propio tiempo, empieza a ser fruto corriente el maridaje de varias piezas honorables, de piezas honorables con ordinarias, de piezas honorables con figuras, de piezas ordinarias con figuras, o —en mayor abundancia— de varias figuras, ya naturales, ya artificiales (torre flanqueada por dos lobos, jabalí superado de escudete, ballesta en campo sembrado de estrellas, hidra acompañada de mirletas en los cantones...). Las cargas (faja cargada de panela, toro cargado de las letras B y K...) alcanzan su plenitud.

Al término de este período cobra impulso el empleo de la bordura, que ha de caracterizar con su avasallante profusión la siguiente etapa; bordura también susceptible de recibir cargas, casi siempre por reiteración de una misma figura o de idéntico mueble (bordura cargada

de rosas, de aspas, de ruedas de molino, de cabezas humanas, de los más variados animales, de palabras o letras...). Se la utiliza a modo de brisura en determinados blasones de armas y, asimismo, cuando se decide dar cabida, en un solo campo o cuartel, a las armas de distintos linajes preclaros coincidentes en un solo sujeto, surgiendo en tales ocasiones el llamado blasón genealógico. Y frente al favor de que empieza a gozar la bordura, contrasta una mesurada predilección por los blasones parlantes, aunque su número va acrecentándose pausadamente.

En un tercer período (1480 a 1700) la adopción de emblemas heráldicos por todos los estamentos sociales —incluidos, claro está, los no nobílicos— conlleva mayor complejidad en los elementos del blasón, tanto los interiores como los externos, siendo la época dorada del escudo cuartelado, de la bordura —que alcanza su máximo esplendor— y de la conjunción de armas puras con otras derivadas o cargadas, cuando no de sólo armas derivadas o cargadas, poblándose el entorno del campo no tan sólo por el imprescindible casco, con su penacho y lambrequines, sino también por cimeras —de muy escasa aceptación entre nosotros—, por tenantes y soportes, por divisas —a las que se traslada con frecuencia las voces y frases que antes poblaron el campo, y otras nuevas que apenas nacidas cargan ya sobre airosos volantes ubicados por encima del penacho de plumas—...

A medida que esta tercera etapa avanza a través del tiempo, se ve influida por el amaneramiento: se multiplican los cuarteles hasta número incontrolado que menoscaba la sencilla belleza del blasón al ofrecer a la vista un abotargado y grávido panorama heráldico; agravado, además, con profusión de ornatos en la periferia del campo (cartelas, coronas no convencionales, banderas o cruces de órdenes militares acoladas, emblemas bélicos o mascarones en la parte baja, angelotes en la alta, condecoraciones, cintas y lazos...).

Aumenta en grado notable el empleo de las armas parlantes, a menudo justificadas mediante pueriles recursos.

El cuarto y último período heráldico (de 1700 a 1830) está marcado por la decadencia de la Heráldica. La formación de nuevos blasones va decreciendo a medida que avanza la etapa —los reyes de armas se limitan a copiar, las más de las veces, escudos de armas ya conocidos con anterioridad—, y al propio tiempo se advierte una anarquía, un progresivo abandono de la sobriedad que va rebajando la Heráldica a las cotas más inferiores, denigrándola con formas y aditamentos heterodoxos: hacen aparición armerías relamidas, con peregrinos detalles y matices —celajes, ríos y lagos, terrazas de matorros, mares agitados, brazos vestidos de ropas multicolores, cañones disparando, montes de disformes peñas cubiertas de maleza y vegetación, ridículas casitas humeantes...) que transforman con mucha frecuencia los escudos en verdaderos cromos, a enorme trecho de la depurada elegancia que atesora el blasón clásico.

Este tipo de armería, recargado de colorines, luciendo incongruentes guirnaldas de flores y frutas en su espacio exterior, va degenerando de forma paulatina, en imparable deterioro desde su adusta suntuosidad, repleta de esencial y simbólico contenido, hasta caer definitivamente en mero y ramplón elemento decorativo, desprovisto de alma y médula.

La confusión de estados que se operó al finalizar el primer tercio de la pasada centuria cooperó, en gran manera, a dar al traste con el anterior apego ostensible en el seno familiar hacia la Heráldica, ya hundida en total descrédito a la perspicaz mirada de los entendidos. Y ha de transcurrir casi un siglo para que los estudiosos del nuestro rescaten el noble espíritu primigenio de la ciencia del Blasón, devolviendo a los escudos de armas la suprema elegancia de su admirable equilibrio.

* * *

Como arriba dejamos insinuado, otra peculiar faceta de la heráldica vasca se fundamenta en la repetida presencia de ciertas figuras en el proporcionado campo heráldico —cinco por seis—, todas muy características y alguna de ellas casi de su exclusivo uso.

El árbol, en primer término, se constata esencial a poco que contemplemos cualquiera de nuestros armoriales, por la simple razón de su real y exhuberante presencia a lo ancho y largo de la tierra de Euskalerría y porque —repetámoslo— la toponimia que ésta ostentara fue calcándose a las alcuñas, cuajadas, por tanto, de alusiones a dicha flora. Así, apellidos que contienen —ya en radical, ya en sufijo, ya sea a mitad del vocablo— la voz «alza», aportan un aliso a su escudo; de «lizar» o «lejar» surgen los fresnos; de «arte», las encinas; de «gorosti», los acebos; de «astigar», los tilos; de «sagar», los manzanos..., y de «areitz», «aritz», los corpulentos robles, tan copiosos antaño en la entera orografía de nuestro Solar; al extremo de poder decantarnos, en todas las ocasiones en que vemos mencionado un árbol sin otra concreta aclaración —o cuando de la morfología del apellido no brotan claridades—, por representarlo en el escudo bajo la forma del roble.

Junto al árbol, el lobo, cotidiano poblador que fue de nuestros montes y aventajado protagonista de nuestra heráldica con machacona frecuencia: de color sable, casi siempre combinando con un árbol, pasante a su tronco ya sea en solitario, ya emparejado —en tal caso dispuestos ambos en palo: uno de ellos cruzando por delante del tronco y el otro por detrás—; y puede afirmarse que es típicamente genuino en nuestros armoriales el lobo cebado de un albo o argénteo cordero.

En competencia con el lobo —aunque con menor protagonismo—, el jabalí, también de negro pelambre y con grandes colmillos, en pocas ocasiones solo y más a menudo en conjunción con el árbol, pasante a su pie. Con lobos y jabalíes, en un discreto tercer término, el oso, bien sea andante, bien empinado al tronco cuando combina —también él— con el árbol. Y, aunque con mesurada prodigalidad, el toro y el buey completan nuestra fauna heráldica autóctona; éstos, unidos en menor frecuencia a los árboles.

Prolifera y resplandece la cruz con notable brillo en nuestro blasonario: de preferencia las llanas, a menudo cargadas de cinco piezas o figuras: una central y cuatro en los brazos. Mas, a medida

que la evolución armera va franqueándose paso de un período heráldico al siguiente, adopta formas menos austeras —cruces potenziadas, treboladas, pometeadas, vacías, flordelisadas... Y enmarcando la cruz en veces, o ausente ésta las más, campea la inagotable bordura vasca cargada de aspas; donde el oro y el gules se combinan de continuo.

Y descollando por el papel preponderante que ocupa en nuestros escudos, la hoja estilizada del álamo blanco: la panela; figura la más antigua y típica en los blasones que lucieron los linajes protagonistas de las luchas banderizas. En contadas ocasiones se muestra en solitario la panela: por lo más frecuente en grupo, suele lucir su genuino color sinople, por más que tampoco desdeñe los restantes esmaltes.

* * *

La mayor parte de blasones ostentados por los antiguos linajes, elegidos por el libérrimo albedrío de sus iniciales miembros —a veces rememorando un hecho o hazaña meritorios, ya heredado, ya suyo propio—, quedaron consagrados por el uso y el tiempo con carácter de perennidad, sin ninguna intervención ajena, y fueron paseados en los brillantes torneos —en tiempos de paz— o enfrentados a la rudeza de la batalla —durante las frecuentes y cruentas guerras—, con la expresa intención de distinguirse mutuamente los caballeros y nobles, que las hacían tremolar airosas en sus gallardetes o las exhibían orgullosos pintadas en sus paveses y adargas. Fue más tarde cuando los descendientes de aquellos hidalgos justadores perpetuaron sus respectivos blasones heredados —mediante su uso constante, generación tras generación— como definitivo emblema familiar, sin que en circunstancia alguna precisaran sanción aprobatoria para su disfrute —desde el rey abajo, todos los juzgaban justificados, legítimos y válidos—; por más que en Euskalerría y durante ciertas épocas fuera costumbre tradicional y respetada solicitar licencia para el uso de dichas armas al pariente mayor del linaje o al jefe del bando a que se pertenecía.

Se comprenderá, pues, que las familias de añejo abolengo no acudieran a los heraldos y reyes de armas para obtener con su respaldo la consagración de los blasones seculares. Y no fue costumbre hacerlo hasta después de haberse promulgado la real pagmática dictada por el rey Felipe II —25 de septiembre de 1565—, reglamentando las funciones de los mentados funcionarios.

En los territorios en que a la hidalguía de sangre se fue sumando la de privilegio se otorgan, al par que tales mercedes, los correlativos escudos de armas; en cuya elaboración y legitimación intervienen, mediante sus cacareadas certificaciones, los reyes de armas, quienes con dolosa mixtificación las intitulan ejecutorias —aunque nunca lo fueron—; documentos en los que se da cabida a cuales más fantásticas e inverosímiles genealogías, expuestas sin rigor científico alguno y con harto discutible peso legal; que el auténtico valer se basa y sustenta tan sólo —y no a humo de pajas— en documentos fehacientes que robustecen y, a la par, garantizan las afirmaciones que con su auxilio llegan a formularse.

De cuanto antecede se desprende que aquellas familias cuyos derechos nobiliarios se fundamentan en concesiones del soberano son, relativamente, las más modernas. Las armas de los rancieros linajes, por el contrario, dan testimonio de su antigüedad desde las piedras armeras fijadas antaño en casas solares, en capillas y sepulturas o en las ceras y lacres sigilográficos de valetudinarias escrituras públicas.

Cabe, sin embargo, una salvedad: si las más viejas casas nobles e infanzonas hicieron habitualmente uso de armas, porque su decantada solera llevó aparejados el boato y la riqueza, no sucedió lo propio con respecto a nutrido número de familias de nuevo cuño, por lo general con poco holgados recursos, así como numerosos linajes aldeanos que en ningún momento abandonan el terruño, que ni unas ni otros se sirvieron de armerías —hoy expresaríamos, con cierto matiz peyorativo tal ausencia heráldica afirmando que carecieron de escudo—. Faltó sólo que la abolición de los mayorazgos y señoríos diera paso a la venta o al derribo de insignes moradas enaltecidas

con preclaras labras heráldicas —torres, casastorre, palacios y hasta caseríos solariegos, principales incluso por lo que hace a las tierras vascas—, lo que originó la pérdida y olvido de no pocos blasones, que perecieron entre las brumas de los tiempos si es que nadie cuidó de conservar su memoria; como, por suerte, quedó ésta incólume en Navarra, donde hubo inveterada costumbre de registrar los blasones en los libros armoriales de su Cámara de Comptos. Son, por lo dicho, innúmeras en la actualidad las familias distinguidas que no heredaron un escudo de armas, que lo ignoran o que creen no poseerlo, por haberse ausentado su línea genealógica del prístino solar desde hace siglos, perdiéndose con el tiempo la memoria de dónde están sus raíces ancestrales; y sólo cabe subsanar esta deficiencia mediante laboriosas investigaciones de recuperación heráldica llevadas a término en los archivos que custodian fondos capaces de clarificar esta lenta y a menudo difícil labor.

Aparte de las razones que acabo de dejar expuestas, es fuerza reconocer que el material recogido por mí a lo largo de ininterrumpidos años de cotidiana indagación en los principales centros archivísticos peninsulares está muy lejos de haber agotado la materia. Cualquiera misión de esta índole que se emprenda con ambiciones de extender su radio de influencia a todo un territorio —como lo es el vasco— resulta obra superior a las fuerzas individuales y reclama la entrega colectiva de un amplio sector de especialistas comprometidos en minucioso plan de trabajo, que permita llegar a todos aquellos rincones donde la noticia aguarda en profundo letargo la hora de su despertar. Por tan sencilla razón, cualquiera que se asome y profundice en mis archivos, mis ficheros, mis trabajos y monografías, tanto genealógicos como heráldicos o históricos, podrá comprobar cuántas etapas quedan aún por cubrir. Y es de desear, para el bien de la Historia y sus ciencias auxiliares, que los días por venir franqueen el camino que conduzca hasta tantos y tantos por hoy aún no indagados fondos, a medida que éstos se vayan clasificando; cuando se desempolven las series que padecen el ostracismo en miles de legajos impolutos; cuando se redacten índices, se elaboren ficheros y se procesen los millones de escrituras dispersas que yacen ahora amontonadas en pilas ingentes

sin que resulte factible explorarlas debidamente. Es más: ha de alentarnos, asimismo, la esperanzada confianza de que se acrezca en número suficiente el hoy exiguo de expertos con capacitación paleográfica suficiente para desentrañar el contenido de ese mundo apasionante y aleccionador del documento histórico.

Es por todos los motivos que expongo, el que tenga que agradecer a Dios la suerte que el destino me ha deparado, al haber seguido fielmente mis huellas profesionales nada menos que mi propia familia. El esfuerzo titánico que yo mismo he realizado durante más de 25 años de dedicación a la investigación, pues he dado numerosas vueltas a la península en busca de datos, no cejando en el empeño de buscar nuevos apellidos originarios de nuestra amada Euskalerría, dispersados ampliamente por toda su geografía. Hoy puedo sentirme completamente orgulloso de que mis propios hijos sigan el camino iniciado, con un cariño y un amor profundo y envidiable, a los que bien se puede aplicar aquel refrán antiguo «de tal palo tal astilla», y a punto de culminar las dos chicas mayores, Aitziber e Irantzu, los mismos estudios que yo obtuve en la Escuela de Genealogía, Heráldica y Nobiliaria que tiene el nombre de Luis de Salazar y Castro, perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Nada queda por añadir a todo lo dicho, como no sea el considerar, en buena fe, que las dificultades —frecuentemente insuperables— que van aparejadas con toda nueva empresa de amplia proyección, nos obligarían muchas veces a pedir ayudas a las instituciones públicas para llevar a buen efecto la misma. A ese fin, muchas personas que desconocen la forma nuestra de trabajar nos preguntan frecuentemente sobre si percibimos alguna ayuda del Gobierno Vasco o de alguna entidad institucional. La respuesta es tajante. ¡Ninguna! Eso sí, nosotros tenemos la obligación de decir públicamente que nos debemos al pueblo. A ese pueblo de siempre, de cada día, que nos sugiere y demanda esa cultura popular que nos corresponde por derecho a todos, y capaz de darles a conocer las noticias más cercanas y tan desconocidas de aquellos que nos han precedido y han formado la presente historia. Y gracias a ese pueblo y a todos ustedes, que

confían en nosotros, los investigadores podemos seguir día a día nuestra labor, a la que alguien en un momento futuro podrá alabar orgullosamente diciendo en voz alta: «Nuestros padres y abuelos se preocuparon por dejarnos hecho el pasado que a ellos mismos les tocó vivir».

Termino por último, altamente emocionado, aplaudiendo a ese pueblo nuestro, maravilloso —cantidad de veces incomprendido—, y a ustedes, mis queridos amigos, que con vuestro cotidiano aliento cultiváis la cultura como escudo propio vuestro...

GABON DANORI.

Amigos, señoras y señores...

¡Ale!

Me viene aquí para saludar. Deseo con sinceridad sentir del mismo, que sea vuestro sentimiento para sentir en verdad.

Me cabe la gracia de presentarles aquí a Emilio Magallanes, apodado del libro. El libro está en la mano. Y por lo tanto, poco en una sociedad humana, pero así me imagino, con un trabajo más vital, por su longevidad de siglo. Pero, es un pueblo que se distingue entre todos por su trabajo y espíritu. Pero, repaso a todos los días según el corazón humano. La vida humana, en el mundo de la Universidad de Valladolid, para quien le ayuda de los grandes. Simplemente, de la cultura, en el País Vasco como es común.

Por seguiré decir que en estos últimos años me doy el placer más de un momento que quiero en nuestra sociedad.

La genealogía, como decía, es una parte de la historia, que no se dedica a individuos y los individuos que forman parte de un pueblo, sino a las familias. La Genealogía y antropología se ocupan genealogía de los pueblos, la genealogía misma se relaciona a través de los lazos de la sangre.

PALABRAS DE RECEPCION Y PRESENTACION

pronunciadas por

ELIAS AMEZAGA URLEZAGA

Amigos... señoras y señores...

¡Alto!

Nos vemos aquí para mirar atrás. Detener esta carrera de vértigo del tiempo, que nos vuelve tráfugas para acabar en sombras.

Me cabe la gracia de presentarnos aquí a Endika Mogrobejo, especialista del honor. He dicho bien: del honor. Y por si fuera poco, en una sociedad honorífica, ilustre por sus miembros, por su trayectoria vital, por su longevidad de siglos. Item, en un pueblo que se distingue entre todos por su nobleza originaria. Item, reparte a manos llenas según el egregio historiador Luis Suárez Fernández, ex rector de la Universidad de Valladolid, para quien la mayoría de las grandes familias, de la nobleza, en el País Vasco tienen su origen.

Por seguro doy que en estos últimos años sea éste el primer caso de un geneólogo que ingresa en nuestra sociedad.

La genealogía, como intuís, es una parte de la historia, que no se dedica a viviseccionar a los individuos que forman parte de un pueblo, sino a las familias. Si Clío promueve y justiprecia la sucesión generacional de los pueblos, la genealogía edifica su pirámide a través de los lazos de la sangre.

Incide en lo recóndito, en la troncalidad vital de los de ayer y anteayer para darles la mano, reconocerles como ancestros y formar con ellos una gran familia generacional, estirpe-cadena capaz de darnos la unidad en la multiplicidad de la sucesión. Que escarba en el pretérito, y no en tumbas, precisamente, sino en seres que vivieron, sacándolos a luz, haciéndoles revivir en nuestra memoria, recobrándoles. Como si les dijéramos: bienvenidos porque nos disteis nombre, nos legáis algo que vale más que todas las fortunas: el lustre, el esplendor de un anteverir digno de extraer y aún recordar. Y así nos decimos: «Tal hombre inmortal fue antecesor nuestro, sírvanos de ejemplo». Del otro nos sentimos orgullosos sus vástagos y hasta del anónimo que se fue por la puerta de atrás sin llamar la atención. Unos y otros son la prolongación de mi YO... que transmiten los genes, como la llama olímpica, de uno en otro atleta a través de las edades.

Los poetas clásicos apreciaron y cómo su árbol genealógico, protagonizaron una inspiración dramática basada en el honor. Recuérdese a Calderón en *El alcalde de Zalamea*:

*Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar
pero el honor...
el honor es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.*

¡El honor patrimonio del alma! ¿Y qué es? ¿Y qué pesa hoy en vísperas del esperanzador siglo XXI? Consecuencia del nacer. Hay un nacer natural y un segundo nacer marcado por las grandes hazañas. Es, según Huarte, un nacer espiritual. Hoy se deterioró. La nobleza de la sangre se descompuso. Las armas daban lustre cuando el hombre era el protagonista de la Historia. Hoy es masa, número. No le preocupa el honor. Ni la raza. Ni la sangre. Ni la moral. Y dejó la definición del hombre de hoy a vuestro albedrío.

Ojalá pudiera darse por válido que cada cual sea hijo de sí como Alarcón lo pedía en *La verdad sospechosa* enfrentando a padre e hijo:

—¿Sois caballero, García?

—Téngome por hijo vuestro.

—¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?

—Yo pienso, señor, que sí.

—¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero al serlo.
¿Quién dio principio a las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal o bien
está el ser malo o bueno.
¿Es así? Que las hazañas
den nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.

—Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que, por el contrario, puede
quien con él nació, perderlo?

—Es verdad. Luego si vos
obráis afrentosos hechos
aunque sedis hijo mío
dejáis de ser caballero.

¿Y qué es el honor? Un nombre, una placa, una estatua, unas tumbas que reflorescen, todo eso, son muestras exteriores del honor. Consideración de la sociedad, ya se parece más al honor propio. Limpieza de sangre y espíritu, ahí supongo que debe radicar el auténtico honor. Unido al ayer, reflatando por la genealogía, es decir, el tratado de los orígenes.

Como vascos, enorgullezcámonos de la entidad que aquí se diera a la genealogía, a la heráldica, al blasón, al escudo, al apellido, al mote... Que fueron dos hermanos, García Garrafa, los padres de la genealogía de hoy, quienes hicieron nada menos que seis tomos sobre *El Solar Vasco-Navarro*, del donostiarra Delaunet Esnaola, miembro de la Academia de la Historia y de nuestra Real Sociedad. Es un oriundo, Liñan de Eguizabal, conde de Santa Marina, quien afirma que si la geografía o la cosmología son los ojos de la historia, la genealogía son sus pies y sus manos... Y otro vasco de Mondragón, Juan Carlos Guerra, condiscípulo de Unamuno, nos desvela para quién lo ignore, que es un error creer que los escudos parten de una merced regia, al menos entre nosotros fueron adoptados en su mayoría libérrimamente por los caballeros y sus linajes.

No quiero olvidar en la cita a Pedro Novia Salcedo, que tan bellísimos conceptos escribió sobre el honor, a Basanta de la Riva, que catalogó las vizcainías en la Chancillería de Valladolid, a Pérez Azagra, que se ganaba la vida en humilde oficio y en sus ratos libres vivía entre los príncipes de su árbol genealógico, y en fin, a Fernando de la Quadra Salcedo, sacrificado en el barco de la ría por aquellos malsines del acorazado José Luis Díez.

Tú puedes añadirte a la lista. Digas lo que gustes, sé que te acucia la curiosidad. ¿Quién soy? ¿De donde vengo? No invoco adonde voy, al porvenir. Ahí cabe la especulación. Podrás dudar de la inmortalidad, de los misterios del más allá, de dádivas y castigos de un paraíso. Podrás hundir en un zulo juntamente blasones y pergaminos y panoplias y escudos y huesos y hacerlos cenizas y ventear a los cuatro vientos. Pero eso ha existido. Ahí no caben futurologías.

Es casi seguro que no resucite nada de lo que fue. Y lo que ahora hagamos sea como un fuego fatuo, una luz que brille un instante columbrador entre penumbras y después se apague para la eternidad. Vale la pena, empero, fruir de ese instante.

Insisto. Adelante. Un aficionado a la materia, tu mismo, quieres saber algo. Y algo sabes ya. Te lo han contado tus mayores como si necesitaran justificarse de que tu paso es firme y lo sostienen de atrás. Y sirve de eslabón entre dos generaciones de un cierto prestigio. Nadie se gloria, por supuesto, de los anónimos, pero todos tienen uno o varios seres ilustres que llevarse a los labios. Desde que te pincha la curiosidad te aproximas a los tuyos, hasta te enterneces cuando vas y les pides que te cuenten sus recuerdos y tu anotas y celebras la anécdota y acaricias objetos, fotos, cartas... Y sigues anotando. Ahora te sirven los certificados de estudios, los carnets de identidad, los recortes de prensa que hablen de antepasados tuyos, las esquelas, los contratos de matrimonio...

Y he ahí que surge uno de calidad. ¿Te pareces a él? ¡A por su retrato! Pues sí, el mismo mentón, la nariz, el porte, el aire de familia. De aquí en adelante se desata una especie de búsqueda policíaca.

No, no sigas en solitario, acude al especialista. Yo te recomiendo a éste. Te pedirá datos simples, lugar de nacimiento, iglesia del bautizo, nombre de progenitores. Después el estudio se alarga, el itinerario traspasa mugas, edades, la genealogía se abre de par en par a otras disciplinas, la genética, la herencia, la demografía... el experto te lleva de la mano al árbol genealógico que levanta sus ramas. ¿Y qué ves? La visión es la de un edificio en ruinas, si se quiere, pero que tiene fundamentos indestructibles en las entrañas de la tierra. Endika sigue su ruta a través de la historia. Ayuntamientos. Archivos provinciales. En otros países, aquí no lo sé, se da un paso más con los círculos genealógicos, aquí, supongo, exista una red de especialistas que cubrirá el territorio ibérico. El no se asusta de que cada quisque tenga padre y madre, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos y así en progresión aritmética hasta el fondo de las edades.

Ya hemos llegado. Fin. Endika Mogrobejo, tu guía, es licenciado por la Escuela de Genealogía y Heráldica de Luis Salazar y Castro de Madrid, autor de un montón de monografías y de una obra en curso que tendrá diez tomos, ejemplo vivo de cómo hay que trabajar en familia para invocar a los manes familiares, y para más detalles véase el tomo VI de *Autores Vascos*, estos días en los escaparates de las librerías. No quiero cansaros más. Solamente te digo en nombre de todos: Bienvenido, Endika Mogrobejo, a la Casa Común.